

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA SESION
DE CLAUSURA POR EL EXCMO. SR. DON
MARIO DE LA CUEVA

(Coordinador de Humanidades de la Universidad
Autónoma de México)

Señor Ministro de Trabajo, señoras y señores :

Una amable invitación me trae una vez más a esta maravillosa tribuna para decir unas cuantas palabras en representación de los profesores que hemos venido del otro lado del Océano, de un mundo de naciones que estamos unidas entre sí con estos dos países maravillosos que son España y Portugal. Pertenece a un Continente en el que, por una parte, hay una tradición de cultura y de historia, y por la otra, hay la convicción de un destino común. Creo en el pensamiento de Renán y de Ortega; creo con el primero que las naciones, y entre ellas las naciones de América, y ruego a ustedes que cuando diga el nombre de América entiendan que son solamente nuestros pueblos, que las naciones de América estamos unidos, está cada una unida por su pasado. Creo con Renán que es la Historia, que han sido nuestras tragedias, que han sido nuestros dolores, que han sido los muertos que están en América los que en primer lugar han hecho la grandeza de esos pueblos. Pero creo también con ese excelso filósofo que se llamó Ortega que las naciones somos un propósito, un designio, una empresa de cultura y de amor, y estoy cierto de que en todas ellas, desde el Sur hasta nosotros y desde nosotros al Sur, hay la conciencia de que tenemos un destino común, de que tenemos una misión que realizar en este mundo, que tanto está necesitado de amor y de cultura.

Nuestras naciones se formaron quizá en el siglo mejor. Se ha citado el nombre de Vitoria, pero se olvidaron los nombres de otros

juristas que están iluminando el pensamiento y que tal vez se aplican maravillosamente al momento actual del Derecho del trabajo; me refiero a Suárez, me refiero a Domingo de Soto, me refiero a Vázquez de Menchaca. Aquellas páginas gloriosas de Suárez cuando habla de una justicia y de unos principios generales, cuando afirma la existencia de un Derecho natural y cuanto agrega de contenido variable nos dieron para siempre una trayectoria y un rumbo a seguir.

Entendemos en América la justicia, en verdad, como un principio de valor absoluto, pero la entendemos también como una norma que tiene que irse aplicando y variando a medida que cambia la Historia y que se modifican las circunstancias. Así entiendo al Derecho, al Derecho del trabajo como en general a todo el Derecho, como la justicia social, como la justicia humana, como la vida del hombre, como las necesidades del hombre que deben de realizarse de manera distinta.

Y digo que nacimos en el siglo mejor porque no creo que se haya reproducido nunca un momento en el que tanta grandeza de hombres y tanta grandeza de pensamiento jurídico se hubiera reunido. Esa constelación de aquellos personajes no se ha vuelto a dar y no sé si alguna vez volverá a presentarse.

De ese continente que nació para la justicia, que nació para la cultura, de ese continente al que el primer Emperador Carlos V nos mandó dos Universidades hermanas para decirnos que debíamos ocuparnos primero de la cultura y de la justicia y después de los problemas económicos, en ese continente en el que pasaron después los siglos maravillosos de la colonia, ahí donde nos dieron a Juan Ruiz de Alarcón y a sor Juana, a los dos Juanes más grandes de todos los tiempos, en ese continente en el que después pasearon como nuevos Aníbalos cruzando los aires, cruzando los Andes, cruzando las montañas y corriendo por los ríos y por los lagos, las figuras de Bolívar, las de San Martín, de Sucre, O'Higgins, Hidalgo y de Morelos; en ese continente que está hecho para el amor al hombre, para la libertad y para la dignidad, ahí tienen un puesto de honor como no pueda ser menos España y Portugal. Por eso no nos vamos de aquí. Volvemos a llevarnos el alma de estos pueblos y les decimos a todos los colegas de España: En aquel Continente está también su casa; vengan ustedes con nosotros: allí les recibiremos con los brazos abiertos, y verán que en todas partes, cuando se tienen ideales comunes, los hombres saben amar a sus semejantes, y que allí se desborda también el corazón, se desborda también el sentimiento mucho antes que la razón, porque ella vale más, porque ellos valen más, y porque es en nombre

de ellos y no de la razón por lo que estoy hablando, y verán que allí se quiere a esta tierra y se quiere a estos hombres y se espera que de todos nosotros salga un día una voz que pueda escuchar la Humanidad: «¡Que no se piense en bombas ni en cañones!», y nosotros dejemos a otros pueblos que se ocupen de esos problemas, cultivemos nuestras Universidades, nuestra cultura y nuestro amor a los hombres.

Señores españoles: muchas gracias en nombre de todos nosotros; como dije hace un instante se ha formado una amistad indestructible. Mejor dicho: ya existía; simplemente se ha puesto de relieve.

Muchas gracias.

